

HAMBRE

Autor: Rubén Camacho Zumaquero

Categoría: Varios / otros

Publicado el: 25/11/2011

HAMBRE

Soy un lobo rodeado de ciervos y ovejas. No les entiendo, no son como yo... me siento tan desafortunado, tan incomprendido... Pero ellas, joviales, tiernas y femeninas, me resultan tan deliciosas... Sí, soy un lobo oculto, rodeado de estas deliciosas ovejitas que ignoran mis auténticos anhelos. Ellas no pueden imaginar, ni por asomo, el hambre tan voraz con el que despierto cada día. Y cada noche, tras haberlas observado minuciosamente durante todo el día en mi caverna reservada, una cárcel de mi libertad, cuyos barrotes son mi propio disfraz para ocultarme, duermo con aún más hambre, porque aún más las deseo. Ignoro a los ciervos, ellos no me importan nada. Pero ellas, las ovejas, están tan presentes que a veces me hacen olvidar que soy un lobo, y que debo cazarlas. Vivo con la constante duda de cuál debe ser mi actitud con ellas, si amarlas, despreciarlas, o por el contrario, cazarlas para saciar mi hambre. Si obedecer a mis pensamientos, a mis emociones o a mis instintos tan famélicos.

Así he pasado mi vida, hambriento y a la vez asustado por no saberme capaz de cazarlas, refocilarme en el gusto de su sangre; o quizá temeroso por descubrirme como un inútil cazador, herido en mi orgullo como la hojarasca, caída con la llegada de una vejez prematura y triste. Cada noche, sometido a mi cruel hambruna, me juro y me perjuro que algún día me atreveré a probarlas. Ni siquiera sé cómo yo, un auténtico lobo, ha terminado viviendo rodeado de ciervos y ovejas. Ni siquiera recuerdo el inicio, ya que siempre me he visto rodeado de ciervos y ovejas. Nací y ya las vi, tan distintas a mí, tan obtusas con su fácil felicidad, tan torpes y a la vez tan hermosas. A medida que crecía, supe que yo no estaba hecho del mismo material. Yo no era como ellas, pero las deseaba. Sin embargo, ellas me veían a mí como a un ciervito más, o como si fuera el perro pastor, que ladra pero no es capaz de morder hasta desgarrar la carne y comerla cruda. Pero yo puedo, yo sé que puedo, yo sé que podría asirlas con mis fauces, desgarrarlas y tragarlas vivas. Sé que podría... pero soy incapaz de atreverme. ¿Y si no puedo?

Ellas, quizá a causa de su torpeza, nunca me han temido. No me reconocen como un lobo, así que no tienen razones para temerme. Quizá por eso no me siento con fuerzas para cazarlas, porque no veo el miedo en sus ojos y no me siento como un dominador seguro. Si ellas al menos mostraran algo de incertidumbre... pero no, permanecen impasibles, como si yo fuera totalmente

inofensivo. ¡Ah, maldita sea! ¿No se dan cuenta de que soy un auténtico lobo? ¿Cuándo voy a atreverme? ¿Cuándo? A pesar de mis dudas lo que más me tortura no es esto, sino las sensaciones y sentimientos tan desencontrados que ellas me producen. Primero sentí repulsión por ellas, tan distintas a mí. Las veía tan insignificantes que yo me creía un ejemplar único y súper dotado sobre el resto de animales. Más tarde comencé a desear su carne, pero su indiferencia hacia mis colmillos me frenaba. Decidí esperar a sentirme seguro. Con el paso de los años, terminé por observar en ellas pequeños detalles que me colmaban de ternura. El rizo de sus lanas, sus hocicos asimétricos, sus balidos tan histéricos pero espontáneos y sinceros. Las deseo, quiero cazarlas y deglutirlas, pero temo hacerlas daño. ¿Soy poderoso y podría cazarlas, o sólo soy un vulgar lobo desdentado esclavo de su propia mentira?

Pienso que un día, hastiado de mi soledad hermética, me introduciré en sus terrenos disfrazado de una oveja común. A veces imagino, e incluso veo en mis peores pesadillas, que descubriré algo descorazonador, que me desvele de mis pensamientos y me haga ver lo muy mediocre de mi existencia. Pienso y sueño que todos somos lobos disfrazados de ciervos y ovejas, y que mi ausencia de disfraz es mi condena. Que yo no soy un lobo con disfraz de oveja, sino que muestro sin pudores mis oscuros pelajes y mis fauces abiertas, y que ellas se burlan de mi pavonería. Pienso a veces que todos somos lobos, pero que ellas, mucho más inteligentes que yo, se han cubierto de lana para así pasar inadvertidas, en su tonta felicidad, ajenas a mi laberinto de caóticos pensamientos, que me sumen en esta infelicidad tan perenne. Y pienso, como una daga anclada en mi mente, que todos tenemos hambre. Mucha hambre.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Rubén Camacho Zumaquero](#)

Más relatos de la categoría: [Varios / otros](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)